

Florencia Velasco¹

Museo(s) de la Memoria: Una pregunta acerca de sus alcances

Universidad de Chile

florenciavelasco@ocholibros.cl

¿Qué es memoria? ¿Qué, este ente que sujeta bajo el imperio de su permanente polaridad, bajo su (in)cierta posibilidad?

Levantamos una memoria. Somos los hueseros, los excavadores, los exhumadores que buscan en los cadáveres, en los restos que se restan, una traza, una marca, una presencia en la ausencia: una recuperación.

La memoria en el museo

En un espacio público de las características de un museo destinado a la conservación del recuerdo de sucesos traumáticos pasados, pareciera que las memorias individuales de sus testigos y protagonistas han sido convocadas para la articulación de un capítulo de difícil elaboración y asimilación en la memoria histórica colectiva, como factor indispensable en la configuración identitaria cabal de la sociedad que la aloja. Esto querría decir que los relatos memoriales, como subjetividades puestas en juego, tienen la facultad de visibilizar a sus víctimas absolutas (el testigo integral) por la intermediación de los testimonios que sostienen y alientan los esfuerzos por no olvidar la violencia y el horror que padecieron miles de compatriotas y cuyos

¹ Florencia Velasco es Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica de la Universidad de Chile, estudiante del Programa de Magíster en Literatura de la misma universidad y actualmente se desempeña como editora de la editorial chilena Ocho Libros Editores.

sobrevivientes, por su condición de tales, testimonian por delegación el acontecimiento irreversible del asesinato y desaparición que sufrieron otros.

El testimoniante (utilizo este término porque expresa mejor una práctica) sería el individuo capaz de restituir, por el solo acto de comunicar, la existencia quebrada del otro, del “hundido” como lo llama Primo Levi; no desde una memoria que reproduce lisa y llanamente los hechos, sino fundamentalmente como proceso de interpretación que les da su sentido:

Estructura de transición y de posible articulación entre la memoria y la historia, el testimonio es interpretación de lo que el testigo vio o experimentó, capaz de apegarse a ello más allá de la semejanza, más allá de la “huella”; es representancia, “opaca mezcla del recuerdo y de la ficción en la reconstrucción del pasado. (Calveiro 66).

La narración de esta memoria hace concurrir individualidades que enlazan el ayer con el presente, ausencia y presencia: presente del testigo que abandona momentáneamente su lugar en el aquí y el ahora, para volver atrás en busca de sus acontecimientos traumáticos personificados en sus víctimas; pasado que emerge en el relato que recupera las voces desaparecidas en tanto hablas “tachadas” (silenciadas) de los ausentados por la dictadura.

De este modo, la operación señalada hace surgir la idea de una proclividad a pensar que un museo de estas características es capaz de alojar la densidad de una materia sensible, compleja y perturbadora, rediviva por su intermediación. Una concepción acerca del museo que se niegue a la contemplación del pasado como pasado cristalizado por parte de la comunidad, significa que comprende en toda su magnitud los efectos sociales y psíquicos perdurables en el tiempo de un período histórico de terror, con su maquinaria de aniquilación dispuesta para la violación sistemática de los Derechos Humanos desde el poder del Estado. Esto es, entre los objetivos a los que un lugar de memoria –utilizando el término de Pierre Nora– debiera apuntar es a la conmoción absoluta e ineludible que la exhibición de sus dolores nos debe provocar, aún como receptores distantes y distanciados (no podemos en principio suponer otra cosa) de aquello que se pretende comunicar. El horror de sus víctimas y la ruptura profunda y en muchos casos

irreversible que la violencia significó para una buena parte de la sociedad, debieran poder traspasar las distancias temporales y una extrañeza inicial frente a la experiencia de un otro ajeno, para llegar a nosotros, espectadores de un tiempo ido que, no obstante, es imperativo que conserve su potencia ejemplarizadora expresada como una recurrente sentencia de “nunca más”. En esa facultad de la memoria como materia viva residiría su potencia efectiva.

Sin embargo, se hace necesario señalar un cuestionamiento inicial: ¿Es compatible el concepto de museo con esta memoria activa, aún sin sutura, y que por ello mismo reclama su lugar como proceso inconcluso, como herida abierta al interior de una sociedad que ha decretado el término de su duelo? ¿Podemos hablar de un museo de la memoria sin contradecir/contravenir los propósitos enunciados con anterioridad? Si nos atenemos a lo expresado por Maurice Blanchot y que Jean-Louis Déotte señala en el sentido de que, “el pretendido lugar de la memoria –que es el museo– revela, al recorrerlo, no ser más que una institución de olvido por la pérdida de todos los referentes identificatorios” (Déotte 48), aquello que los museos de memoria exhiben estarían vaciados de encarnadura en tanto se habría efectuado una sustracción previa y sólo expondrían el remedo de los horrores que la violencia provocó.

Para la crítica Nelly Richard, el vaciamiento de la memoria ha sido la operación recurrente del proceso de transición postdictatorial chileno, el que se habría impuesto la tarea de neutralizar en forma sistemática el conflicto, la disensión, la dislocación de sentidos aún operando luego del fin del régimen militar, para asegurar con ello una ordenada y pacífica (y pasiva también, por añadidura) “recuperación democrática”. “La alegría que viene” del prometedor slogan y programa de la campaña de los partidos de la Concertación Democrática, opositora a la permanencia de Pinochet y los militares en el poder en las elecciones de 1989, no contemplaría una modificación decidida de las políticas sociales ni la regulación a las actividades de los grupos económicos que manejaban el país. Como un mal chiste, para un importante número de ciudadanos la alegría se limitó a poder sentirse más tranquilos de no ser arbitraria e impunemente detenidos, torturados, asesinados. Aun con el general y sus colaboradores fuera del gobierno, el poder neoliberal no había retrocedido un metro fuera de las instituciones estatales. La voluntad de

esclarecimiento y castigo a los culpables de las violaciones sistemáticas a los Derechos Humanos estuvo, desde el primer día de la asunción concertacionista, marcada por la tibieza pusilánime de “la medida de lo posible” que selló el carácter de sus sucesivos gobiernos, con más o menos matices frente a las demandas por verdad y justicia. En este escenario de transformaciones más de forma que de fondo, más demagógicas que reales, las estructuras institucionales (ejecutiva, legislativa, judicial) se precaverían de la acometida desestabilizadora de un pasado cargado de tensiones y dolores, de pérdidas sin reparos ni reparación, de rabia y resentimiento acumulados, pero sin abandonar el discurso ilusorio del inicio de una nueva etapa en la historia democrática del país.

Levantar un museo conmemorativo, es decir, un museo con y para la memoria, podía considerarse como una forma de saldar no solo la deuda histórica provocada por la negación pertinaz a reconocer las atrocidades en tiempos del régimen militar, a través del (re)conocimiento de sus hechos violentos, sino un modo de rehabilitar a sus víctimas dándoles el estatuto oficial de tales. Sin embargo, la construcción de un espacio de memoria como museo de memoria ha puesto el dedo en la llaga sobre las faltas y omisiones estatales, revelando las múltiples aristas del proyecto, sus perspectivas contradictorias, la ambigüedad de sus propósitos y una discrepancia crítica que no termina de resolverse. Para Richard, es precisamente la asepsia de los discursos oficiales que hablan del pasado y sus víctimas, la obliteración del conflicto, la impersonalidad objetivada de los análisis y reflexiones de los estudios sociales, aquello que desactiva las potencialidades del recuerdo. Puesta frente a nosotros, una memoria del pasado reciente que visibilice en su narración sus fracturas y sus dolores, debiera ser capaz de interrumpir el apacible fluir de las conciencias ensimismadas como resultado de la inclinación a vivir un tiempo presente sin más anclaje que los acontecimientos evanescentes del día a día o colectivamente anestesiadas como recurso para no tener que admitir el tamaño del drama social que nos dejó el régimen de Pinochet; ser capaz de poner fin a la pasmosa mudez, al tradicional pacto de silencio de nuestra sociedad. En este sentido adquieren un poderoso y profundo significado las palabras de Pablo Oyarzún al referirse a la lengua enmudecida por la violencia hegemónica:

¿Qué puede obligarnos a despertar? ¿Qué hace saltar el recuerdo, como saber de lo sido en su trunquedad? Cómo puede el conocimiento experiencial ser algo más que una opción epistemológica: cómo puede ser una prescripción ética [...] ? Sólo una cierta escucha del silencio fundamental [...] . El silencio es el fondo de la historia. Pero en esta no hallaremos ya a la naturaleza sin habla, que no puede proferir su propia lengua [...] sino [...] la voluntad de muerte que unos (los dominadores) ejercen sobre otros (los dominados). El conocimiento histórico [...] debe hacer justicia a las bocas quebradas de la historia, las cuales, como los árboles de la naturaleza desolada, siguen emitiendo el hálito de su último lamento. Sólo la escucha de este silencio podrá interrumpir el *continuum* de la dominación. (235-236).

La desactivación de la que el recuerdo histórico ha sido objeto le ha hecho perder la capacidad de hacer circular por él una red de emocionalidad, como la llama Richard. El vaciamiento que diversos estudios críticos han señalado se habría ejecutado, en primer término, como un borramiento a la persona singular, diferenciada, de muy concreta realidad, de cada una de las víctimas de la irracionalidad totalitaria de especie chilena:

Tribunales, comisiones y monumentos a los derechos humanos citan regularmente a la memoria [...] pero dejando fuera de sus hablas diligentes toda la memoria herida del recuerdo: densidad psíquica, volumen experiencial, huella afectiva [...] . Además, la Concertación nos cita indistintamente a todos, nos convoca y nos reúne en torno a la memoria citada para invitarnos a compartir el simple valor de anotación –expurgado de todo recuento personal– con el cual el discurso público salda formalmente su deuda con el pasado sin demasiado pesar, sin casi nunca pasar por las aversiones, suplicios, hostilidades y resentimientos que desgarran a los sujetos biográficos. (Richard 31-32).

El motivo central del relato del Museo de la Memoria son los detenidos-desaparecidos: la culminación del horror programado infligido sobre sus víctimas ha sido la apropiación de los cuerpos, aun en la muerte, por parte de sus victimarios, como privación abyecta de una esencialidad inalienable.

Del mismo modo, cuando la sociedad ya no habla de sus desaparecidos, cuando ha puesto, diligente, la pesada losa sobre las tumbas sin restos, ha confinado la memoria a la oscuridad y el silencio, estrategia disolvente de los sucesos incomodantes para el orden y el control nacionales. Ese borramiento que la ciudadanía va lentamente replicando se ejecuta, entonces, como triple acto de desaparición: el delito interminable (aún no han aparecido los desaparecidos), la desaparición de la discusión social sobre los desaparecidos y su cada vez más infrecuente representación en los espacios de la cultura, que por estos gesto de omisión va descorporeizando la narración como memoria que sólo es nombrada “con palabras exentas de toda convulsión de sentidos”, como señala Richard. La desaparición de los detenidos (igualmente detenidos en el tiempo) arriesga hacer equivalente el relato sin cuerpo de los museos, como relatos nominales carentes de emoción, efectistas en lugar de afectivos:

El distanciamiento y la ecuanimidad frente a una “insoportable tragedia” pueden ser “aterradores”, especialmente cuando no son resultado de un control sino que constituyen una evidente manifestación de incompreensión. Para responder razonablemente uno debe, antes que nada, sentirse “afectado”, y lo opuesto de lo emocional no es lo “racional” [...] sino o bien la incapacidad para sentirse afectado, habitualmente un fenómeno patológico, o el sentimentalismo, que es una perversión del sentimiento. (Arendt 86-87).

¿Será acaso posible hacer de aquello que afecta en la “insoportable tragedia” una fuerza contra el olvido del supliciado, devolverlo como realidad interrumpida (en tanto sujeto ciudadano al igual que yo, que creyó, como yo, en la protección del Estado), precisamente en el acto reactualizable de su tragedia? La memoria como acción resistente se construye como impedimento de la otra memoria hegemónica que desactiva el relato de sus dolores y el recuerdo del padecimiento de las víctimas que ya sólo circula subrepticamente como hiato inasumido, abandono amnésico, herencia de dura carga sin encarar de generación en generación.

Sin embargo, aquí no se trata de reproducir los padecimientos del otro con el objeto de incorporarlos como experiencia transferible; bien sabemos de las experiencias de tortura y muerte como radicalidad inapropiable, punto incognoscible sin posibilidad de superación; una no

experiencia o la experiencia de lo no experimentable como señala Roberto Esposito a propósito del pensamiento de Bataille. Esto es, solamente podemos hacer la experiencia de nuestra propia muerte con la angustia de saber anticipadamente que ella misma, en el instante, se nos escapará, del mismo modo como no nos es aprehensible la esencialidad de la muerte de los otros. Sin embargo, aquí se trata de algo muy diferente, se trata de no dejar a la víctima de la brutalidad atrás, se trata de traerla a un presente que resignifique no solo su ausencia, sino la lógica del poder que la provocó. Preguntarse acerca de los poderes fácticos que acostumbran moverse en las sombras, conocer y revelar sus estrategias discursivas y sus prácticas es también un modo político-crítico de no abandonar el recuerdo de los desaparecidos de la dictadura, impidiendo que sus existencias se vayan disolviendo de nuestra memoria colectiva a la manera de un proceso invertido del revelado fotográfico; como las mismas imágenes muchas veces fotocopiadas de los retratos que obstinadamente preguntan por el suelo o las corrientes salobres que recibieron los cuerpos faltantes.

Para aquellos que permanecen soportando lo insoportable –la pregunta sin respuestas por el lugar–, a la pérdida de sus seres queridos se suma el dolor de no poder olvidar, porque olvidar sería volver a ejecutar, ahora desde la propia vereda, el crimen de la desaparición.

Desde la perspectiva de los roles que un Estado democrático debe cumplir, ninguno de los gobiernos de la postdictadura chilena se hizo cargo del papel que le correspondía asumir de manera de liberar a las propias familias de la tarea de reclamar y exigir el esclarecimiento de los hechos y la aplicación de justicia contra los muchos responsables.

De sobra sabemos que a la memoria la habita el olvido en tanto olvidamos para no olvidar, no como un mero juego de palabras, sino como una condición indispensable que permite articular nuestros recuerdos. Pero esta memoria oscilante entre los dos polos que la determinan debe ser una memoria activa como primera exigencia; y la fuerza que estriba de ella –como pathos dolido que porta– es la que innumerables veces viene a chocar con el espacio del museo, tensionando propósitos y materialización, realidad y representación.

Los cuestionamientos al museo (en su concepción tradicional, pero que sigue siendo pertinente a este análisis), y las dudas acerca de sus rendimientos en el sentido que aquí hemos desarrollado, surgen, por una parte, de una idea largamente arraigada en cuanto a que en ellos no encontraremos más que una exhibición desaturada de sus objetos, formas osificadas de un pasado expuesto como sus ruinas, léase, un conjunto de desechos por efecto de una desactivación de carácter ideológico. En su texto *En busca del futuro perdido*, Andreas Huyssen al referirse a la naturaleza del museo, señala el modo en que éste se convierte en el lugar polémico de las vanguardias de inicios del siglo XX, a partir de sus críticas como espacio hegemónico desde donde se construye el canon, que, más que dar cuenta de lo que incluye, revela aquello que deja afuera en su sistema de exclusión. No obstante el transcurso de un siglo de aquella discrepancia radical, todavía perdura la desconfianza en ellos como espacios en los que circulan los dispositivos del poder a través de sus sistemas culturales.

Desde esta perspectiva, ¿no sería pertinente pensar que el Museo de la Memoria también ha sido afectado de un mal similar? ¿No estará en el “museo de la catástrofe chilena” operando una estrategia, que tiene por objeto abordar el período histórico del quiebre institucional, desde un eficiente montaje de la violencia anterior como espectáculo neutralizado que no recoge sus conflictividades ni es capaz de reconocer la persistencia de los núcleos socioculturales de dominio?

La validez de este cuestionamiento surge de un examen más general sobre el tipo de sociedad que seguimos construyendo y acerca de la cual ya tenemos las suficientes muestras de un creciente malestar, expresado, durante los últimos tiempos, en una movilización de inédita magnitud en las recientes décadas. Nada impide suponer que al movimiento estudiantil lo alimenta también, imperceptiblemente, el hastío de los discursos falaces que insisten en una sociedad reconciliada, sanada de sus múltiples separaciones y quiebres que alguna vez la sacudieron, pero que no acumula sino una larga deuda histórica:

La mirada desde el presente-futuro permite revisitar el pasado a la luz de nuestros desafíos actuales y desmontar así algunas de las “verdades” de nuestro tiempo. Una de ellas: la suposición de que hemos arribado

a un lugar completamente diferente y distante de nuestro pasado autoritario, a una sociedad mejor y perfectamente distinta, que nos obliga a “dejar atrás” aquel pasado, cancelado definitivamente. No es cierto. Las actuales democracias construyen sobre aquellas ruinas y si las miramos con detenimiento, podemos rastrear en ellas, aún vivos y pulsando, reciclados pero básicamente idénticos, a muchos de los componentes más autoritarios de las elites políticas, religiosas, intelectuales y de la sociedad civil misma. Tal vez sea posible, desde una memoria resistente, identificar esas persistencias y, a la vez, recuperar ciertas promesas del pasado como forma de responder a la deuda que tenemos con él. (Calveiro 83-84).

El Museo de la Memoria

El edificio aparece de golpe en toda su magnitud. Impone su presencia verde y obliga a un silencio grave como entrada al espacio funerario que conmemora toda muerte. ¿No es Paul Ricoeur quien acuñó la noción de museo-mausoleo?

Descender desde una explanada –dura, pétreo y libre de objetos que pudieran interrumpir la visión– hacia el acceso interior anticipando la entrada a un espacio sagrado. Sus muros exteriores sirven como superficie de inscripción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. A medida que se avanza, sus fundamentos, separados por números romanos, se van desplegando y podrían sugerir las distintas estaciones del vía crucis anterior al suplicio de la crucifixión. No será la única referencia cristológica del lugar.

Adentro, un silencio apenas interrumpido por murmullos que provienen de distintos puntos del lugar, solemnidad respetuosa como regla implícita de un necesario recogimiento frente a lo que allí se expondrá. Como una narración que adelanta su moraleja en el mismo prólogo, las palabras de Michelle Bachelet, presidenta de Chile bajo cuyo gobierno el Museo de la Memoria se levantó, reciben al visitante:

No podemos cambiar nuestro pasado.

Sólo nos queda aprender de lo vivido.

*Esta es nuestra responsabilidad
y nuestro desafío.*

Monumentalidad del espacio arquitectónico. Sucesión de imágenes, galería de retratos que provocan preguntarse por la vida que vivió cada uno de esos rostros, buscar el punctum barthesiano de sus fotografías.

Más allá rostros y voces infantiles que salen de unas pantallas. Por momentos parece la exhibición de una instalación de arte plástico contemporáneo: la fragmentación, las pantallas presentando imágenes en un “loop” interminable, el mismo material audiovisual.

Hombres y mujeres cuentan. Con crudeza distanciada algunos, en relatos entrecortados otros; a veces escindidos, a veces en susurros apenas inteligibles y que obligan a subtítular. Más allá una cruz de metal oxidado, con la inscripción NN, metonimia de otra forma de borramiento que tachó los nombres, el nombre de familia, la identidad del nombre propio = fosa común que deshace toda individualidad, a la espera perversa de que el tiempo devuelva sólo restos inidentificables en la muerte. Nuestra memoria reconoce el patio 29 en esta solitaria cruz. ¿Quién pudo yacer bajo su sombría materialidad?

Caja negra: la estructura de una vieja y tosca cama despojada de sus blanduras. Una malla de metal, la parrilla. A los pies, una caja de madera de grosera manufactura de donde salen y entran distintos cables. Nada se pronuncia aquí. Una desinformación elocuente sobre aquello que no se quiere detallar. Aun así, la imagen tiene su propia obscenidad. ¿Qué de lo indecible puede comunicar el esqueleto de una armazón instalada tan lejos del contexto geográfico, mental, físico, terrorífico, abyecto de su abyecta función? Son apenas esos objetos, vacíos y mudos.

Y por fin, el punto de convergencia de todos los discursos, de todas las intenciones y emociones, el centro de la conmemoración, el punto alto de la exhibición: el lugar del rito como un altar con sus luces encendidas (¿como una representación litúrgica de vidas que aún vivirían entre nosotros?) y sus imágenes de los santos martirizados. Un sencillo banco de madera para la contemplación y la oración de sus fieles en esta iglesia del culto a la memoria. Frente a él, miles

de pequeños retratos nos contemplan contemplando nuestras miradas sobre ellos, que buscan dimensionar la magnitud de la pérdida de las muchas vidas interrumpidas, arrancadas a la propia vida.

En esta exhibición impresionante, aturdidora en su despliegue documental, que se arriesga a la indiferenciación, busco conservar la memoria de un solo nombre, un solo rostro que me dé la tranquilidad de que nada será olvidado si olvido los demás.

Bibliografía

Arendt, Hannah. *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial, 2006.

Calveiro, Pilar. “La memoria como futuro”. *Actual Marx Intervenciones* 6 (2008): 59-74.

Déotte, Jean-Louis. *Catástrofe y olvido. Las ruinas, Europa, el museo*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1998.

Esposito, Roberto. *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Madrid: Amorrortu Editores, 2003.

Huysen, Andreas. *En busca del futuro perdido: cultura y memoria en tiempos de globalización*. México, D.F.: Goethe-Institut, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Oyarzún, Pablo. *La letra volada. Ensayos sobre literatura*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Diego Portales, 2009.

Richard, Nelly. *Residuos y metáforas. Ensayos de crítica cultural sobre Chile de la transición*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2001.